

## **DOMINGO DEL CORPUS CHRISTI**

### **“Mi carne, para la vida del mundo”**

Una viva discusión se suscitó(1): “¿Cómo puede este hombre darnos su carne para comer?” Muchos dejaron de seguirle. La propuesta de Jesús en las lecturas de hoy se acogen a la luz de la fe.

El Deuteronomio nos habla de la estancia en el desierto de Sinaí. El pueblo de Dios abandonó la esclavitud de Egipto y pasó largos años en el desierto. El autor explica los acontecimientos para recordar al pueblo lo que el Señor Dios ha querido decirle a lo largo de este interminable paso. Es una lección en imágenes lo que se le dio.

El pueblo de Dios ha sido humillado, pasó sed y hambre, fue amenazado por escorpiones y serpientes. Según el redactor, el fin de la prueba era que la fidelidad de Israel se arraigara firmemente en Dios. Por la experiencia del desierto, el pueblo comprenderá en fin que “*el hombre no vive sólo de pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”

En el desierto, el mismo pan viene de Dios: es el maná que cae del cielo cada mañana. El alimento viene de Dios: es el agua que salta de la roca. Así el pueblo tendrá conciencia de entrar en la tierra prometida, no por sus propias fuerzas, sino de manera muy visible por el poder de Dios.

Esta palabra de Dios, pan de vida, será luego transmitida de generación en generación. Hasta el fin de su historia, el pueblo de los creyentes sabrá que Dios es quien los ha hecho salir de Egipto. Dios los protege del peligro. Dios los sacia con el agua de la roca. Dios los alimenta con el maná que cae del cielo. Si el pueblo logró vivir en el desierto, si pudo entrar en la tierra prometida, fue gracias a este alimento que Dios le dio.

En nuestro mundo en el que todo se organiza a menudo como si Dios estuviera ausente, la promesa de Jesús nos lanza a la alegría y a la esperanza. Celebramos la presencia del Resucitado que nos reúne en su mesa y realizamos en la Iglesia lo esencial de la condición cristiana: su carne es el alimento de nuestro paso y su sangre mantiene en nosotros la vida que no termina.

(1) La palabra *makhè* tiene el sentido de una disputa muy viva o de un combate; *makhaira* es lo opuesto de la paz (Mat 10, 34); es la guerra, la espada, la muerte a espada (Rom 8, 35).

**P. Felipe Santos SDB**